

Pasado y Presente de la R.:L.:S.: Arauco No 20: sobre el rito y sus valores

La historia de las instituciones y sus actores se encuentra construida alrededor de la memoria que sobre aquéllas se puede recoger. En dicho intento, no sólo vale la pena recurrir a los relatos de testigos fieles sino, además, reflexionar sobre dichos sucesos del pasado para a partir de ellos generar las nuevas corrientes de pensamiento y orientación. En dicho empeño, la CC:. de AA:. de la R.:L.:S.: Arauco No 20 presenta a consideración del Taller el siguiente trabajo, circunscrito dentro de las siguientes líneas de reflexión.

En primera instancia, realizaremos un abordaje empírico y descriptivo en torno a los orígenes de nuestro Taller, de sus primeras DD:. y OO:., de su trayectoria y, en fin, de todo aquello que da cuenta de las primeras manifestaciones araucanas dentro de la G.:L.:E.:D.:E.: Luego, y vista nuestra relación con nuestro Gr:. Orte:., procederemos a pasar revista a la injerencia efectiva y trascendente de los QQ:..HH: que nos precedieron en estos Templos. De esta forma, se buscará contextualizar los escenarios alrededor de los que la tradición de nuestra L:. se encuentra presente al interior de la Mas:. Ecuatoriana. Finalmente, este análisis nos llevará hasta las particularidades de la R.:L.:S.: Arauco No 20 y, fundamentalmente, a aquellas relacionadas con la dispensa otorgada desde la Gr:.Ma:. para la utilización del R.:E.:A:. y A:. de uso en la G.:L.: de Chile.

Seguidamente, y a efectos de enlazar lo ya reseñado con el sentido del rito y sus connotaciones dentro de la Mas:., procuramos entregar un enfoque, desde nuestra condición de AA:., de las dimensiones, significados y significantes que la carga simbólica de lo ritualístico ofrece para nuestro crecimiento y maduración al interior de nuestra Augusta Orden. En dicha esfera, la necesaria aclimatación de la liturgia en la que venimos desarrollando nuestros trabajos a aquella originada en el Gr:. Orte:. de Chile y a la legislación masónica proveniente de la G.:L.:E.:D.:E.:, cerrarán una tríada que se busca engarzar alrededor de una concepción prístina, base para el posterior acercamiento y aprehensión del conocimiento sagrado del que se encuentra fuertemente imbricada la Mas:. Universal.

Finalmente, resta por decir que la plancha que aquí se ofrece constituye un ejercicio de reflexión y desarrollo del pensamiento masónico que ha sido explorado por nuestra C:. a lo largo de los últimos

meses, por lo que hemos tratado de amalgamar en ella el conjunto de posiciones imperantes entre los QQ:HH:.. Lo dicho no implica sino la palabra de la C:. del Norte, orientada por los deseos de superación, trascendencia y trabajo que han sido infundidos entre nosotros por los QQ:HH:MM: del Taller y, especialmente, por el Q:H:. Santiago Salvador Jijón, S:V:. de la R:L:S:. Arauco No 20, quien con su vocación y Hermandad ha sabido construir un grupo de AA: críticos y de mentalidad renovada.

Los orígenes.

A consecuencia del régimen de facto suscitado en la República de Chile a finales del año 1973, varios QQ:HH: MM: iniciados en ese Valle se encontraron obligados al exilio. De ellos, algunos, afincados en la ciudad de París, formaron la R:L:S:. Lautaro No 1, dependiente del Gr:Orte: de Francia; otros, los que se hallaban en México, levantaron CC: alrededor de la R:L:S:. Salvador Allende No 10, dependiente de la Potencia Masónica de dicho país. Entretanto, quienes fueron recibidos en el Ecuador, incentivados por las actividades antes señaladas, deciden formar un Triángulo Masónico, el mismo que estuvo constituido por los QQ: y RR:HH:MM: Antonio Vergara, Mauricio Montaldo y Rubén Soto. Este será por tanto el primer antecedente de lo que constituirá posteriormente la R:L:S:. Arauco No 20, constituida bajo los auspicios de la M:R:G:L:E:D:E:.

Durante el periodo de constitución de este Taller, hallamos que la Primera Tenida de Primer Grado se la desarrolló el día 25 de febrero de 1984 e:v:., bajo el Mall: Del Q:H: Rubén Soto Sotomayor, siendo posteriormente regularizado el estado jurídico de la misma mediante Decreto No 58 proveniente de la Gr: Ma: y que, en su parte fundamental, concede la correspondiente Carta Constitutiva, autorizando a este Taller a utilizar el R:E: A: y A: de uso en el Gr: Orte: de Chile.

De esta forma, el primer Cuadro de DD: y OO: de la R:L:S:. Arauco No 20, aprobado mediante Decreto de Gr: Ma: No 32 dictado el día 17 de marzo de 1984 e:v:., estuvo constituido por los siguientes QQ:HH:.

V:M: Domingo Morales Arancibia
P:M: Carlos Christiansen

S.:V.: Jorge Retamales
Or.: Rubén Soto
Sec.: Antonio Vergara Lira
M.:C.: Mauricio Montaldo
Exp.: Miguel Niño
Tes.: Guillermo Fuchslocher
Hosp.: Rodrigo Soto
G.:T.: Miguel Ferrer
M.:B.: y A.: Camilo Taufic
Bibl.: Ernesto Peña y Lillo

La vida masónica.

Recorriendo los archivos y documentos de la G.:L.:E.:D.:E.: hallamos los nombres de varios de los QQ.: y RR.:HH.: de este Taller que nos precedieron en la construcción del Templo del Rey Salomón. Lo dicho deja entrever, en buena medida, el aporte generado desde la R.:L.:S.: Arauco No 20 a la consolidación de nuestra A.:O.: en el Valle de Quito. Extenso sería detallar el contingente aportado por cada uno de los araucanos a la G.:L.:E.:D.:E.:, aunque sí conviene subrayar la actividad masónica de personajes de la talla de Mauricio Montaldo en la Gran Secretaría, de Rubén Soto como Seg.: Gr.: Diac.:, de Antonio Vergara Lira en las Relaciones Interpotenciales, y, más recientemente, de nuestro Q.:H.:P.:V.:M.: Adrián Bonilla Soria en las funciones de Seg.: Gr.:Vig.:

Hermanos como los citados, y aún otros que aún nos acompañan en nuestros trabajos semanales, han dado a nuestra Querida Logia no solo la estelaridad ya mencionada sino fundamentalmente el aditamento que convierte a este Taller en un espacio masónico entrañable y acogedor y que constituye la Fraternidad y Hermandad que día a día vivenciamos, al interior del Templo y en la cotidianeidad de nuestras actividades profanas. De hecho, y sin dejar de lado las solemnidades y formas de nuestra A.: O.:, hemos construido un Taller en el que los sentimientos, la búsqueda humanitaria y el bien común han sido nuestros derroteros de acción y emprendimiento. Y lo dicho no se adquiere precisamente por el otorgamiento de grados ni distinciones sino que es parte de la calidad y calidez humana que impera en nuestro Taller.

Con lo expuesto, pasamos a continuación a trazar algunas reflexiones en torno al rito y sus especificidades, sus connotaciones y la valía que, desde la Columna del Norte, otorgamos a este trascendental aspecto de la formación masónica.

El rito: formalidad o esencia

Podría pensarse que el rito es un elemento molesto, tedioso, incluso innecesario en la práctica masónica; que cuadrar el templo, saludar, tocar con la Batería correcta, etc., son actos inútiles, intrascendentes y derivados de una tradición rancia y acartonada. La Mas.:, desde esta perspectiva, se basa exclusivamente en la fraternidad entre sus miembros, o en el perfeccionamiento íntimo de éstos en el plano ético, o en su capacidad de discutir con soltura y erudición diversos temas simbólicos o especulativos; y todo lo demás es mera forma, parafernalia, vacío y sinsentido.

Nada más lejos de la verdad. El ritual es la médula de la Mas.:, su sustento y savia, lo que le ha permitido sobrevivir cientos de años y extenderse en todo el mundo; es, junto con el mito, el denominador común entre todos los Mas.: “esparcidos sobre la faz de la tierra”. Y es, además, el vehículo específico de la instrucción moral y espiritual masónica.

Para comprenderlo tenemos que investigar brevemente la naturaleza del ritual y el mito, sus relaciones, los orígenes de los rituales masónicos y su relación con la razón. Ese es el contenido de esta parte del trazado.

Mito, ritual y mente

Mito y ritual pueden estudiarse desde la atalaya de la sociedad o el grupo; y eso es lo que han hecho, muy provechosamente, los estructuralistas y funcionalistas, entre otros. Pero sus lucubraciones distan de agotar el problema; por el contrario, sumen en la oscuridad una parte muy importante de él, la relación entre el mito y la mente, su perenne atractivo y ubicuidad. Antes del estructuralismo y el funcionalismo, antes de la sofisticación de las ciencias sociales, el mito y el rito tenían una explicación más bien sencilla. El mito, se decía, expresa verdades universales del ser humano en términos metafóricos; el rito, por su parte, las cristaliza mediante la ejecución cuidadosamente pautada. «Allí donde hay un ritual, hay un mito que intenta explicarlo; casi siempre relatando los

orígenes *in illo tempore* del ritual en cuestión», sostenían los representantes de la Escuela del Mito y el Ritual. Lo mismo sostiene la Mas.:, preocupada ante todo por el alma del aprendiz, por la “piedra bruta” que se ha de desbastar.

¿No sería más adecuado, más acorde con el interés masónico por el individuo y su “piedra”, verlos desde la perspectiva individual? ¿No sería mejor estudiar la manera en que mito y ritual afectan y modifican la mente del profano recién iniciado, del aprendiz avezado, del maestro?

Sin entrar en pormenores, podríamos decir que (en el plano individual) mito y ritual cumplen papeles semejantes en distintos niveles: *organizar* un proceder en torno a núcleos temáticos cargados de significado y afecto y de los que se deducen una cosmología y un código de comportamiento. El mito, el relato de las cosas sagradas, propone temas de los que la contemplación atenta deriva centenares de asociaciones con el resto de la vida; el rito, la realización de actividades más o menos cotidianas de acuerdo con un guión estricto, estructura la vida misma, subrayando lo que de universal hay en cada insignificante acto particular. Bajo el rito, “comer” no es lo mismo que “ingerir” o “tragar”; puede ser (dependiendo de cuáles partes de la actividad se enfatizan) reanudar los lazos con la continuidad de la Naturaleza mediante la integración de un representante suyo, conmemorar el nacimiento y la muerte de un Dios o repetir su sacrificio. Bajo el mito, no soy sólo yo quien corta un trozo de pan, lo mastica y lo digiere; era el dios quien lo hacía “en tiempos de Maricastaña”. No es sólo un trozo de pan, sino todo el pan que hubo y habrá, todo el trigo, toda la cosecha, el verano, el invierno, la plenitud y la muerte.

Así, para emplear una metáfora afín a nuestra Orden, el mito *cincela* la imaginación, y el rito, la práctica; y juntos orientan la vida de quien a ellos se entrega, de quien decide habitar en su interior, en línea con una determinada tradición. Esta tradición, en nuestro caso, es la Mas.:, el arte de edificar simbólicamente la catedral interior, el Templo del Rey Salomón. Mas este arte requiere de objetos y símbolos aparentemente inútiles dada nuestra condición de “masones no operativos”. Ni siquiera los arquitectos utilizan ya la plomada y el nivel, el compás o la escuadra; ¡y qué decir de los demás! ¿De dónde surgen estos, los mitos y ritos que nos son propios? ¿Cuál es su valor específico?

Orígenes del significado masónico: el Arte de la Memoria

Entremos por un momento en la mente de un arquitecto de la Edad Media –de un masón *operativo* en sentido estricto. ¿Cómo planear una catedral en un mundo sin papel ni computadores, sin imprenta, patrones ni códigos? Gravísimo problema; grave e ineludible. No se puede construir un edificio pedazo a pedazo: se ha de diseñar la estructura entera, o el edificio no soportará el peso y se desplomará. Es indudable que el arquitecto contaba, entonces, con una sola herramienta, a la que debía sacar el máximo partido posible: su mente. Una vez determinado el emplazamiento, el masón procedía a dictar instrucciones a sus aprendices de acuerdo con un diseño que reposaba en su cabeza y que contenía hasta el más mínimo detalle, tanto estructural como ornamental.

Mas ¿de qué manera lograba este arquitecto, a fin de cuentas humano, almacenar tanta información en su cerebro sin cometer errores ni deslices? Apelando a su más valiosa técnica, *el arte de la memoria* lo que hoy llamaríamos “imaginación activa”. Al proceder a la construcción de una catedral, el artífice se concentraba con suma intensidad en su objeto, repasándolo una y otra vez, corrigiéndolo y modificándolo según su saber y gusto. Era éste, muy probablemente, el “secreto” tan celosamente guardado por la Orden; o al menos parte de él.

Pero aún hay más. El masón trabajaba en una sociedad muy distinta de la nuestra, en la que no se distinguía entre lo profano y lo sagrado como lo hacemos hoy. Toda la vida era sagrada, desde el nacimiento hasta la muerte, del alba al ocaso; todo objeto, toda actividad, estaban plagados de alegorías de la divinidad y la trascendencia. Así, al dedicarse a su tarea, el masón se veía obligado a reflexionar al mismo tiempo sobre el *significado* de los elementos de su oficio. La escuadra, el compás, la regla, no eran meras herramientas, sino proyecciones de principios universales y eternos, presentes en las Escrituras y en los clásicos; el masón tenía la obligación de incluir dichos principios en su obra en aras de la elevación contemplativa de su público.

Por consiguiente, el masón no solamente había desarrollado un método de concentración paralelo a la meditación, sino que al utilizarlo, por fuerza, centraba su atención en símbolos y esencias de orden sagrado y valor moral y espiritual. Este difuso pero sólido e inextricable sistema de símbolos (que acompañaba el conocimiento práctico indispensable realzando sus puntos principales e integrándolo con mayor facilidad a la memoria) era el misterio que el maestro otorgaba al aprendiz sólo de tarde en tarde, parsimoniosamente y en virtud de su desarrollo moral y técnico. Es el legado, imponente y rebosante de hermosura, que la Mas.: conserva hasta hoy.

Entre el mito y la razón

Vemos, pues, que la Mas.: colorea la función propia del mito (organizar pensamiento y acción alrededor de centros aglutinantes) con un simbolismo antiguo, poderoso y amplio, el arquitectónico; y propone, a partir de él, sus códigos de conducta y sus preguntas en la esperanza de dotar de sentido y de respuesta a la totalidad de problemas humanos. Sin embargo, la Mas.: tal como la conocemos hoy también reverencia a la razón, en particular a la razón Ilustrada, la de Kant y la Revolución Francesa; la misma razón que (siguiendo a Sócrates y Descartes) se opone proverbialmente al mito considerándolo fuente de error o perversión del conocimiento, resabio del autoritarismo o causa del fanatismo; la misma razón de la que nos enorgullecemos al llamarnos “librepensadores”. Y es amparándose en ella que ciertos HH.: denigran al ritual y lo pasan por alto.

Podríamos decir, por tanto, que la Mas.: agrupa dos tendencias complementarias y en ocasiones contrapuestas: la que propugna la primacía de la razón y la que da mayor valor al mito. Difícil sería, en tan poco espacio, resolver este dilema que ha originado ríos de tinta y ardientes luchas entre las escuelas filosóficas. Baste con señalar la vía por la que la Mas.: (y ciertos filósofos, en particular los que estudian el valor del símbolo en el conocimiento) procura reconciliar ambas tendencias: “*la razón*”, afirma con Chesterton, “*es en sí misma artículo de fe*”.

Pues la razón misma debe estar inmersa en un mito, en la medida en que este aglutina el proceder y lo alinea con una cosmología –a su vez no sujeta a la discusión racional, por dos motivos. En primer término, que el razonamiento avanza paso a paso, apilando una evidencia sobre otra, un argumento tras otro; pero su marco, el espacio lógico que delimita esta marcha, se acepta o rechaza de una sola vez y en su totalidad; conque no hay argumentos ni evidencias que convenzan al ateo o rediman al impenitente (si éste por su cuenta no da con ellos). Es el conjunto completo de la experiencia, lo que podríamos llamar su contexto metafísico, lo que tiñe la forma de sus contenidos concretos; y este contexto metafísico es invariablemente mítico, invariablemente ritual; es una cosmología, una forma de ver el mundo no sujeta a la crítica.

En segundo término, que la razón, centro por antonomasia de la libertad individual, no nace en el individuo aislado y autosuficiente, sino en el seno de una cultura, en la senda de una *tradicón*. Y, por

ende, no puede cuestionar sus propios orígenes sin engullirse a sí misma; una persona no puede construir por sí sola todo un lenguaje, toda una cultura; tiene que aceptarlos, morar en su interior, llevarlos a ejecución; y acoger con ello sus implícitas mitologías. De ahí que los “orígenes” se expresen no proposicional sino metafóricamente; que aludan no a lo “verdadero” o lo “falso”, sino a lo significativo, lo importante, lo trascendental.

Mal haría, pues, el masón en abdicar de su herencia simbólica; porque perdería con ello la fuente misma de su idolatrada Razón –arrojando el bebé junto con el agua. Al ceder a la tentación de ignorar el ritual, caemos (como Comte y los positivistas) en el engaño del evolucionismo mal entendido, en la idea de que la razón se opone al símbolo y su significado y está destinada a suplantarlos; traicionamos un aspecto fundamental de la Mas.: y profanamos, en el sentido más estricto, una sagrada combinación de actos y palabras. Olvidamos que la Mas.: cobija en su interior el conocimiento tradicional heredado de los albañiles operativos, cuando el mundo era enigmático y la vida no diferenciaba entre profano y sagrado, cuando lo sacro impregnaba todas las áreas de la humanidad. Quitamos a la Mas.: lo que tiene de trascendente, de superior a la mera individualidad y a la razón, en sí insuficiente y corta de miras.

Razón y ritual pueden, pues, convivir; de hecho, lo hacen, siempre y en todo lugar. Los problemas surgen cuando uno intenta sobrepujar al otro. Y es aquí donde la sutil sapiencia del esquema masónico deviene evidente. Tómese un conjunto de seres humanos con sinceros deseos de mejorar y colóquese en un entorno libre de las usuales distinciones sociales (de clase, raza, religión o profesión), lleno de fraternidad e igualdad. Ofrézcanseles símbolos de sabiduría, que encanten a la razón y exciten la imaginación mitológica, y actividades que encarnen dichos símbolos; muévanlos a reunirse y convivir en una atmósfera placentera y relajada. Pónganse en sus manos una actividad constante, fácil si todos colaboran pero imposible si no: los trabajos propios de la logia (instruir a los aprendices, enseñar y estudiar el rito, preocuparse por los hermanos enfermos y las viudas, contribuir a la sociedad en general, visitar otros talleres, etc.). Este proceso de trabajar en colaboración y armonía, de desempeñar acciones sencillas bajo la tutela de los símbolos y los rituales, todo el tiempo y sin descanso, es lo que *enseña* a ser masón, a desbastar la piedra bruta. Es nuestro tesoro, nuestro patrimonio, nuestro blasón; la médula espinal de nuestra Orden.

Variantes del rito: Rito Escocés Antiguo y Aceptado de uso en Chile

Esta médula espinal conoce diversas formas y variedades, entre las que podemos destacar tres: el Rito de York, el Rito Francés y el Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Este último es el Rito más practicado en el mundo, quizá por su extrema riqueza simbólica y porque permite unificar razón y mito sin solución de continuidad. Consta de 33 grados que integran la tradición de los Mas.: operativos con la de las Órdenes de Caballería y la mitología judeocristiana, de la que extrae gran parte de sus símbolos.

El R.: E.: A.: y A.: organiza las actividades del Taller en torno a dos ejes: por una parte, el ritualístico-simbólico, que permite asimilar los significados masónicos a partir de la dramatización; y, por otra, el especulativo, que permite a los HH.: exponer y discutir en tenida Trazados sobre temas profanos de interés para la Mas.: Se enfatiza, de igual forma, la fraternidad entre los miembros y el libre intercambio de ideas e intereses.

Es dentro de este rito que la R.: L.: S.: Arauco No. 20 opera, estableciendo sin embargo una variante. Como hemos mencionado, gracias a la dispensa otorgada por la G.: L.: E.: D.: E.: en la Carta Constitutiva de 1983, nuestra R.: L.: S.: está autorizada para emplear el R.: E.: A.: y A.: *de uso en la Gran Logia de Chile*. Este, a su vez, presenta algunas diferencias con el original; en concreto, la ausencia de ciertas dignidades, la Triple Aclamación que abre y cierra la Ten.:, la ubicación de la Carta Constitutiva, etc. Por su parte, la práctica habitual del Rito en el Taller ha sufrido, insensiblemente y con el paso del tiempo, una serie de alteraciones formales, distanciándose (al menos en apariencia) de la letra muerta del Ritual.

Esta Ten.: de Fiesta del A.: se ha realizado ciñéndose estrictamente al Rito de Uso en Chile con el fin de mostrar palpablemente estas diferencias y de dar una idea de su potencia y particularidad.

Es la palabra de los QQ.:HH.: de la Columna de Aprendices de la R.:L.:S.: Arauco No 20